

Cómo sanar  
las divisiones  
*en lugar de*  
profundizarlas



JAMES DURHAM (1622-1658)

# Cómo sanar las divisiones en lugar de profundizarlas

## Contenido

Introducción.....	3
1. Reconoce la terrible <i>plaga</i> de la división.....	6
2. Reconoce la división como una <i>trampa</i> temible. ....	7
3. Reconoce la responsabilidad personal. ....	9
4. Reconoce las fallas en el arrepentimiento ante Dios. .....	10
5. Haz lo que puedas para promover la unidad.....	10
6. Haz de la unidad la prioridad.....	11
7. Compórtate con sensibilidad y respeto. ....	11
8. Estimúlense unos a otros en las cosas que son importantes.....	14
9. Clama a Dios.....	15

© *Copyright* 2023 Matthew Vogan. Esta es una sección actualizada y resumida de *A Treatise Concerning Scandal* [Tratado sobre el escándalo] de James Durham. Original de dominio público.

Impreso en EE.UU. Todas las citas de las Escrituras son de la versión RVR1960. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

Chapel Library envía materiales Cristocéntricos de siglos anteriores a todo el mundo sin cargo alguno, confiando enteramente en la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean dar.

**En todo el mundo**, por favor descarga el material sin cargo de nuestro sitio web o puedes ponerte en contacto con el distribuidor internacional que aparece allí para tu país.

**En Norteamérica**, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales Cristocéntricos de siglos anteriores, puedes ponerte en contacto con

**CHAPEL LIBRARY**

**2603 West Wright Street**

**Pensacola, Florida 32505 USA**

*Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227*

*chapel@mountzion.org • [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org)*

# Cómo sanar las divisiones en lugar de profundizarlas

## Introducción

*por Matthew Vogan*

Vivimos en una época de divisiones cada vez más profundas y amplias, y la iglesia de Jesucristo no es una excepción. Las iglesias son vulnerables a divisiones causadas por desacuerdos doctrinales y prácticos, malentendidos y pecados. Las preocupaciones profundamente arraigadas de los cristianos a menudo se convierten en la ocasión de divisiones potenciales y reales. Especialmente cuando el mundo en general está experimentando una gran perturbación, la ansiedad, la distancia, la fatiga y la incertidumbre indudablemente facilitan los malentendidos y la desconfianza entre los hermanos. Más allá de esto, las diferencias políticas y altamente polarizadas pueden separar a personas antes unidas en casi todos los demás asuntos. Actualmente, muchas cuestiones urgentes afectan la vida de la iglesia y a menudo resultan divisivas. ¿Qué podemos hacer tú y yo, no solo para evitar que las divisiones se profundicen, sino también para comenzar a sanarlas?

Es probable que nadie haya escrito más sobre este tema que James Durham; ciertamente no ha habido nada más sabio y sustancial. Él aborda el tema

con la mayor seriedad posible y es muy realista acerca de las dificultades involucradas. No obstante, aporta consejos bíblicos en un área verdaderamente complicada. Señala que las divisiones no se sanan fácilmente, ni siquiera entre los mejores (Pr 18:19). Es fácil profundizar las divisiones por la forma en que defendemos lo que creemos que es correcto y por poner etiquetas a aquellos con los que no estamos de acuerdo. ¿Qué lenguaje utilizamos para referirnos a aquellos con quienes no estamos de acuerdo? ¿Es una falta de respeto despectiva que daña su reputación? ¿O intentamos que los demás piensen respetuosamente de ellos? Según Durham, he aquí algunas cosas que profundizan las divisiones:

- *Pasión y contienda.* La división engendra pasiones exaltadas, contiendas y pleitos y, de este modo, hace que las personas actúen conforme a la carne (1Co 3:3).
- *Aislamiento.* La división engendra distanciamiento en el afecto y separa la comunión aun de los que han sido más íntimos.
- *Celos y sospechas.* La división engendra celos y sospechas acerca de las acciones e intenciones de los demás.
- *Lenguaje áspero.* La división lleva a expresiones y comentarios ásperos sobre los demás.
- *Ataques personales.* Las divisiones pueden llegar al punto en que las personas no escatiman en publicar incluso ataques personales entre sí.

- *Abuso de la disciplina eclesiástica.* La división a veces ha ido seguida de una disciplina tan extrema como la deposición<sup>1</sup> y la excomunión.

El libro de Durham, *A Treatise Concerning Scandal* [*Tratado sobre el escándalo*], sostiene que la división es un gran mal; de hecho, no hay un mal mayor que pueda sobrevenir a una iglesia. En un punto, Durham trata de abordar la siguiente pregunta desconcertante: ¿Qué debe hacer una iglesia ortodoxa cuando está dividida en sí misma en lo que podríamos llamar algunas verdades circunstanciales o en prácticas y acciones opuestas, cuando todavía está de acuerdo en los fundamentos de la doctrina, la adoración, la disciplina y el gobierno, y se tienen mutuo respeto por la integridad del otro? ¿Qué se les llama a hacer para sanar esa división? Durham da su respuesta en el siguiente extracto abreviado y actualizado. Sanar la división, según Durham, no se trata de ignorar los problemas y esperar que desaparezcan al negarse a discutir las diferencias. Tampoco se trata de que una parte tenga que ceder ante la otra. Requiere concesiones mutuas y una auténtica reconciliación. A continuación se exponen las consideraciones que debemos tener en cuenta antes de empezar

---

<sup>1</sup> **deposición** – destitución de un líder eclesiástico.

a aplicar los principios o las soluciones y métodos prácticos que sanarán la división.

## 1. Reconoce la terrible *plaga* de la división.

Todos, especialmente los ministros, deberían tener un profundo sentido de cuán terrible es la plaga de la división. Si pensáramos que Dios está enojado con la iglesia y con los ministros en un tiempo de división, es probable que las personas estuvieran en mejores condiciones para hablar acerca de la sanidad<sup>2</sup>.

Por lo tanto, debe dedicarse algún tiempo a esto, para que esta consideración cale profundamente en el alma, de modo que se reconozca la mano del Señor en ella. Todas las consecuencias tristes de la división deben traerse a la mente, y el corazón debe afectarse y humillarse seriamente con esto, de la misma manera que si la amenaza fuera la espada, la pestilencia o el fuego. De hecho, es como si el Señor escupiera en la cara de los ministros, los avergonzara y amenazara con:

- Hacerlos despreciables,
- Maldecir las ordenanzas en sus manos,
- Anular su autoridad entre el pueblo,
- Quitar las cercas de la iglesia visible para dejar entrar jabalíes y lobos que arruinen las vides y destruyan el rebaño,
- Y, en una palabra, quitar Su candelero.

---

<sup>2</sup> Cuando la plaga de la división golpea a una iglesia, debemos reconocer que Dios es el que golpea a la iglesia, y podría ser debido a Su desagrado con el pecado de la iglesia y sus ministros.

Los ministros u otras personas involucradas en la división no solo tienen que mirar a los oponentes humanos que están enojados con ellos. También tienen que mirar al Señor como su oponente, porque es la ira del Señor la que los ha dividido. No entender esto hace que la gente sea más neciamente confiada bajo el juicio. En lugar de esto, al ver que se trata de una plaga, incluso aquellos que se suponen inocentes en cuanto al origen inmediato de la división deben humillarse bajo la poderosa mano de Dios a causa de esta plaga, tal como lo harían con otras plagas.

## **2. Reconoce la división como una *trampa* temible.**

La gente también debe ver la división como una trampa. ¡Cuántas tentaciones acompañan a las divisiones, especialmente para los ministros! Cuántas aflicciones, cruces y reproches vienen detrás de ellas. ¿No haría temblar a un ministro pensar que ahora, debido a la división, hay una trampa y una prueba en todo (además de todas sus dificultades y problemas anteriores)?

En cada sermón que predica, la tentación es que su propio afecto se entrometa para hacerlo más acalorado y vehemente contra quienes se le oponen en la controversia actual, más de lo que ordinariamente es en las cosas que conciernen más directamente a la gloria de Dios. La trampa es que puede hacer que su ministerio parezca despreciable ante los demás si



alguien lo provoca al contradecirlo. Incluso, suponiendo que nadie lo contradiga, corre el peligro de dar menos importancia a lo que es edificante, solo porque lo dice alguien que difiere de él en los puntos de controversia.

Cuando él se sienta en cualquier reunión de un tribunal eclesiástico, hay una tentación a la espera de la menor insinuación de la controversia, para descomponer todo y hacer que las reuniones sean pesadas y piedras de tropiezo para la edificación.

A causa de la división, casi todas las conversaciones se vuelven desalentadoras y sombrías. Aun el hermano más íntimo es desconfiado o se desconfía de él. Todas las interpretaciones que se hacen de la sinceridad de las personas en cualquier cosa llegan a basarse en sus intereses. Hay una falta de compasión entre los hermanos.

Que estas consideraciones y muchas otras semejantes hagan que los ministros sean prudentes, para que sean lentos en hablar lo que pueda fomentar la división y cautelosos al acercarse a estas trampas. Por desgracia, en tiempos de división, muchas personas actúan con más confianza y libertad, y con menos sensibilidad, al hablar, actuar y atribuir motivos, que en otras ocasiones. Sin embargo, si a las personas les causara impresión el temor a pecar debido a las divisiones, estarían mucho más dispuestas a hablar de la unidad.

### **3. Reconoce la responsabilidad personal.**

Los ministros y otros deben tomar tiempo en secreto ante el Señor para tener una visión sobria de su propia condición espiritual y ver si han guardado su propia viña. Deben examinar cosas como estas:

(a) ¿Cómo he valorado la unión con el Señor? ¿Me he esforzado por estar en Cristo y permanecer en Él? ¿Me he esforzado por mantenerme en el amor de Dios?

(b) ¿Existe algún motivo de disputa en las tendencias actuales o en las prácticas pasadas, que pueda provocar que el Señor nos hiera en general?

(c) ¿He sido cómplice de alguna manera para provocar este mal de la división, por ejemplo, por negligencia e infidelidad, imprudencia, celo, pasión, obstinación, adicción a las celebridades y demasiada renuencia a desagradarlas, prejuicios contra los demás, falta de caridad hacia los demás o cosas por el estilo?

Esto debe incluir una visión tanto de los pecados que provocan la división como de los males que crean un terreno fértil para ella y la aumentan. También requiere imparcialidad y minuciosidad. Porque es absurdo que alguien empiece a eliminar las diferencias cuando no sabe cómo está él mismo en esa cuestión.

## **4. Reconoce las fallas en el arrepentimiento ante Dios.**

Una vez que hayan hecho un balance, debe haber un arrepentimiento apropiado en cuanto a lo que se ha identificado, en especial humildad y oración secreta a Dios. Esto debe ser no solo por sí mismos y por su propia condición, sino por toda la iglesia. En particular, por la sanidad de la división, para que, al sanar la brecha, Dios perdone a Su pueblo y no permita que Su herencia sea motivo de reproche. No es poca cosa en el avance hacia la unidad el que las personas se encuentren en una condición espiritual de humillación. Porque estamos seguros de que, aunque no elimine la diferencia, moderará la división en gran medida y refrenará la carnalidad que suele acompañarla. También dispondrá a las personas a ser más imparciales para escuchar lo que pueda conducir más hacia la unidad.

## **5. Haz lo que puedas para promover la unidad.**

Las personas deben ir aún más lejos. Deberían dedicarse con determinación a promover la unidad entre aquellos que tienen diferencias, ya sea a través del diálogo, la escritura o la persuasión. De hecho, ¡incluso los que están en desacuerdo deberían recomendar la unidad a los que difieren de ellos! Vemos a los apóstoles hacer esto con frecuencia en el Nuevo Testamento, no solo en general a las iglesias, sino

también a las personas a las que exhortan particularmente por nombre (Fil 4:2).

Las personas deben animar a otras con las que están de acuerdo a ser conciliadoras, y deben urgirles seriamente. Cuando llegan a extremos, deben reprenderlos por el bien de la iglesia. Esto suele ser muy eficaz. A menudo, aquellos que son más prominentes en un desacuerdo serán más ardientes y llevarán las cosas más lejos de lo que permitirán otros que tienen la misma opinión. Aquellos que están menos involucrados en la controversia no deberían quedarse callados en este caso.

## **6. Haz de la unidad la prioridad.**

Deberían proponerse pensamientos serios y enfocados en la unidad, y esta debería buscarse de manera deliberada como una gran obligación, de manera que los esfuerzos no tiendan principalmente a fortalecer un lado o a permitir que alguien se sienta exonerado o se aproveche de los demás, sino a que ambos sean uno. Por lo tanto, cuando un medio u oportunidad falle, se debe intentar otro. No deberían cansarse en esto, aunque a menudo resulte ser una tarea muy laboriosa.

## **7. Compórtate con sensibilidad y respeto.**

Todo esto debe tratar de hacerse con sensibilidad y respeto hacia las personas, sus acciones y sus cualificaciones. Porque a menudo, cuando se produce la división, las personas se distancian afectivamente

unas de otras, lo que las predispone a hacer malas interpretaciones tanto de las opiniones como de las acciones del otro. De hecho, esto a menudo es el punto de conflicto, que los afectos de las personas no están satisfechos entre sí, y eso les impide confiar en los demás.

Vemos en la Escritura que la recomendación de amar, así como de honrar y preferir a los demás por encima de nosotros mismos, se suele incluir en las exhortaciones a la unidad o en las reprensiones por la división (Fil 2:1-8; Ef 4:1-3; Mt 18). Esta manifestación de respeto debería reflejarse de la siguiente manera:

(a) *Al ser respetuoso al mencionarlos a ellos y a sus preocupaciones*, ya sea de palabra o por escrito, especialmente a aquellos que sean más reconocidos entre ellos.

(b) *Al hacer buenas interpretaciones de sus propósitos, intenciones y de su sinceridad*, incluso en aquellas acciones que son desagradables.

(c) *Al abstenerse de cargar sus opiniones y acciones con evidentes exageraciones y grandes agravios*, especialmente en público. Eso solo tiende a hacerlos odiosos, y cuando uno ha representado a otro como una persona tan absurda y odiosa, esto se interpone en el camino de un buen entendimiento en el futuro.

(d) *Al abstenerse de todo comentario personal despectivo*, así como de respuestas ofensivas, palabras y saludos desdeñosos y cosas por el estilo. En su lugar, debe haber amor, familiaridad y ternura. Si ha

habido algún comentario o resentimiento que haya ocasionado malentendidos, e incluso si se ha entendido injustamente, debe haber voluntad de dar marcha atrás para eliminarlos. He oído hablar de una persona digna que se había dejado llevar en un momento de tentación. Muchos de sus antiguos amigos no lo aprobaron, lo que solo lo llevó a defender lo que había hecho y a resentirse con ellos por haberle perdido el respeto. Estuvo a punto de acabar en una división. Pero luego se encontró con alguien que, aunque era el que más se oponía a su posición en ese momento, sin embargo, lo abrazó con cariño y familiaridad como siempre y no mencionó nada al respecto. Se dice que su corazón se derritió instantáneamente al convencerse de su anterior oposición. De este modo se evitó que se produjera una nueva división, al ver que todavía tenía el afecto de los más eminentes de aquellos de quienes difería.

(e) *Expresiones de confianza mutua.* La confianza mutua debe expresarse, no solo respecto a las personas, sino también al ministerio de aquellos de quienes difieren, procurando fortalecerla y confirmarla.

(f) *Apoyo hacia ellos y seguridad de que son dignos de confianza y aptos para ocupar puestos de liderazgo en la iglesia.* Esta es una forma de relacionarse no solo con una persona en particular, sino con todos los que tienen opiniones o prácticas diferentes, y demuestra confianza en ellos, a pesar de las diferencias. Pero lo contrario es ofensivo e irritante para todos, porque propone que todos los que siguen esa opinión o práctica son indignos de confianza o

de ocupar algún cargo, lo cual es difícil de digerir para cualquiera. Y en cierto modo, desde su estado de división, se ven obligados a esforzarse por otra forma de ejercer el cargo, y aumentan sus dudas en cuanto a quienes manejan los asuntos con tanto favoritismo (en su opinión, al menos). Provoca que aquellos que no están de acuerdo crean que sus oponentes prefieren fortalecer un bando en lugar de edificar la iglesia. Por supuesto, cualquier parte contraria no puede dejar de verlo así, puesto que le creen a su propia integridad en la obra principal.

(g) *Visitas mutuas y compañerismo*, tanto en las cosas cotidianas como específicamente en el compañerismo cristiano. Si esto ha venido sucediendo ya, debe incrementarse aún más. Porque si las personas tienen la confianza de que otros los aman, los respetan como ministros y los tienen en alta estima como cristianos, se les persuadirá fácilmente a confiar en los demás en estos aspectos también.

(h) *Tratar los términos peyorativos como inaceptables*. Si alguien utiliza términos hirientes o lanza calumnias en los debates (ya que incluso los hombres buenos están demasiado dispuestos a darse la libertad de excederse en esto en medio del debate), deben tener cuidado de evitarlos en dichas visitas y reuniones de comunión.

## **8. Estimúlense unos a otros en las cosas que son importantes.**

En su propia práctica, en su enseñanza y en otros aspectos, los ministros deberían estimular a otros a

practicar y vivir la religión. Constantemente encontramos al apóstol Pablo, junto con sus exhortaciones a la unidad, instándolos a ocuparse en su salvación con temor y temblor. Y en las epístolas a Timoteo y Tito, cuando exhorta a los ministros a apartarse de las cuestiones necias y las contiendas, se menciona previamente o posteriormente el remedio, que deben insistir con firmeza en que los creyentes sean celosos de buenas obras y cuiden de perseverar en ellas (Tit 3:8-9); y que sigan la justicia, la fe, el amor y la paz «con los que de corazón limpio invocan al Señor» (2Ti 2:22-23).

Esto es muy efectivo para tratar con la división, porque cuando los ministros o los miembros de la iglesia están ejercitados y ocupados con estas cosas, ¡hay poca oportunidad para otras cosas! Entonces también discernen más la necesidad de la unidad y están más dispuestos a ella, y otros son persuadidos más fácilmente a unirse con ellos. Además, nunca es en la práctica y en la vida de la religión donde difieren los piadosos y los ortodoxos, sino que las diferencias surgen cuando se desvían de estas. Por eso, el mucho celo en las diferencias particulares lleva consigo tan a menudo una decadencia y tibieza en las cosas más prácticas, mientras que, por el contrario, el celo en estas cosas esenciales normalmente apacigua y mitiga la pasión y el fervor en las otras.

## **9. Clama a Dios.**

Debe haber un clamor solemne a Dios buscando su dirección y su guía en el camino hacia este fin. Pues



Él es el Dios de la paz y debemos reconocerlo como Él que puede erradicar el grave mal de la división. Por eso el apóstol añade oraciones por la paz a sus exhortaciones a la paz (Ro 15:1-7). De hecho, se nos ordena orar «por la paz de Jerusalén» (paz de la iglesia; Salmo 122:6) tanto como por la paz civil.

Puede ser que el descuido en clamar a Dios sea la razón por la cual aquellos que aman el bienestar de Sión y son fieles, piadosos y pacíficos continúan divididos y no pueden encontrar ningún medio de sanar la división. Tal vez (a) esta incapacidad para encontrar sanidad nos demuestra la necesidad de la intervención del Señor, (b) para que elevemos deliberadamente nuestras plegarias al Señor, implorando por la restauración de la paz, y también (c) para que no subestimemos la gravedad de la división, ya sea por:

- No reconocerla como un castigo (dado que es Dios con Quien tenemos que tratar);
- Contentarnos con vivir con ella y no procurar que Él nos libre, tal como le pediríamos la remoción de cualquier plaga temporal; o
- Esperar en vano las bendiciones del evangelio en ausencia de la paz.

